

EL REINO DE LOS CUERVOS - 2

LA CASA DE LOS LATIDOS

OLIVIA WILDENSTEIN

OLIVIA WILDENSTEIN

LA
CASA
DE LOS
LATIDOS

Traducido del inglés por Ankara Cabeza Lázaro



FAERIS

Título original: *House of Pounding Hearts*

Publicado por primera vez por Olivia Wildenstein.

Derechos de traducción gestionados por Metamorfosis Literary Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L. Todos los derechos reservados.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 2022 by WildStone Publishing

© de la traducción: Ankara Cabeza Lázaro, 2025

© Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2025

Valentín Beato, 21. 28037 Madrid



ISBN: 978-84-19988-48-5

Depósito legal: M. 118-2025

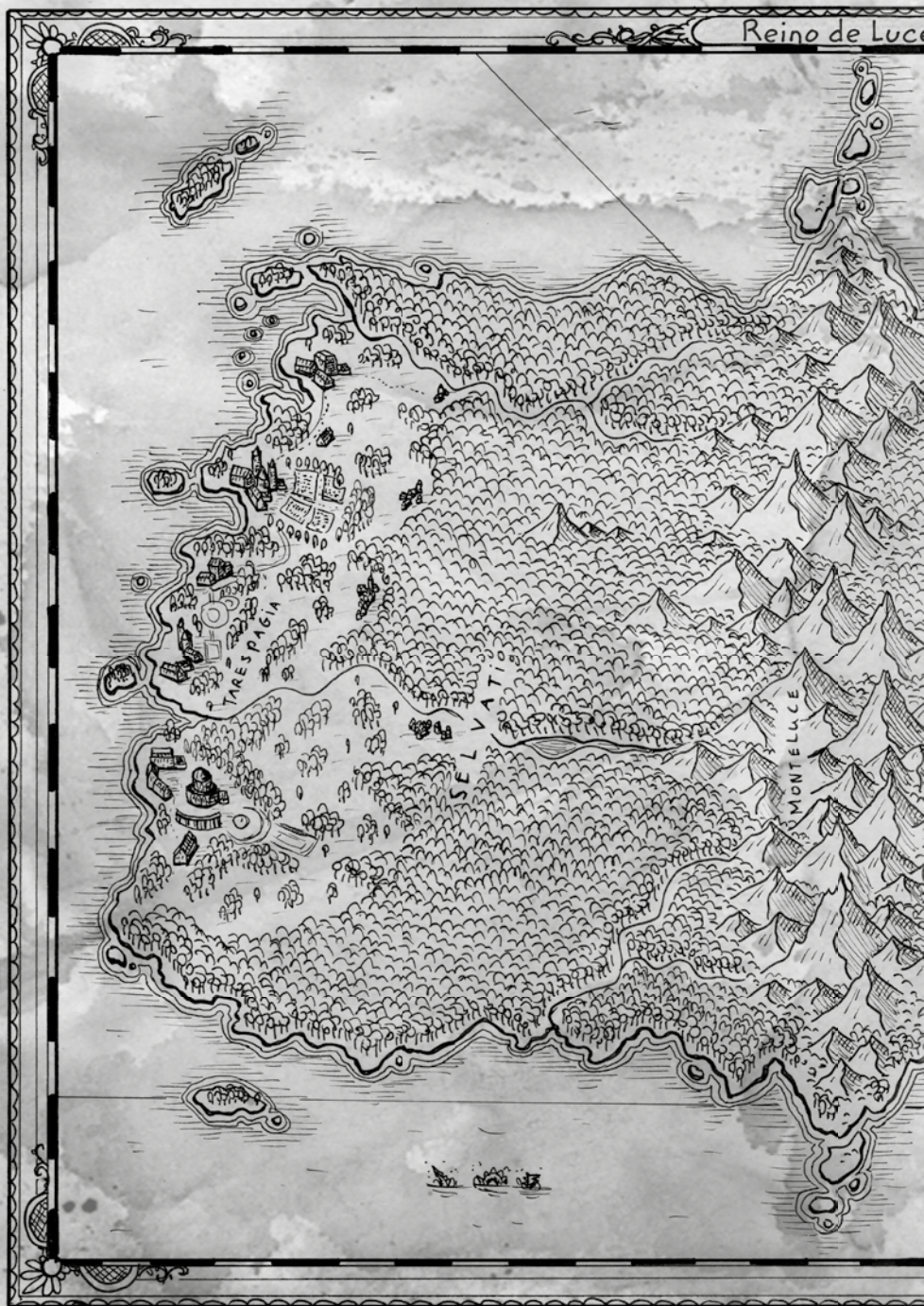
Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:



Encuentra tu magia.







GLOSARIO LUCINO

<i>Altezza</i> – alteza	<i>Mamma</i> – mamá
<i>Bibbina/o</i> – cielo	<i>Mare</i> – mar
<i>Buondia</i> – buen día/buenos días	<i>Mareserpens</i> – serpiente marina
<i>Buonotte</i> – buenas noches	<i>Merda</i> – mierda
<i>Buonsera</i> – buenas tardes	<i>Mi cuori</i> – corazón mío
<i>Caldrone</i> – caldero	<i>Micaro/a</i> – cariño
<i>Carina</i> – preciosa	<i>Nonna</i> – abuela
<i>Castagnole</i> – masa frita cubierta de azúcar	<i>Nonno</i> – abuelo
<i>Corvo</i> – cuervo	<i>Pappa</i> – papá
<i>Cuggo</i> – primo	<i>Pefavare</i> – por favor
<i>Cuori</i> – corazón	<i>Picolino/a</i> – pequeño/a
<i>Dolcca</i> – pastelito	<i>Picolo</i> – pequeño/a (adj.)
<i>Dolto/a</i> – tonto/a	<i>Princci/sa</i> – príncipe/princesa
<i>Furia</i> – furia	<i>Santo/a</i> – santo/a
<i>Generali</i> – general	<i>Scazzo/a</i> – rata callejera
<i>Goccolina</i> – gotita	<i>Scusa</i> – lo siento
<i>Grazi</i> – gracias	<i>Serpens</i> – serpiente
<i>-ina/o</i> – sufijo que se añade a los nombres propios como muestra de cariño	<i>Soldato/i</i> – soldado/s
<i>Maezza</i> – majestad	<i>Tare</i> – tierra
	<i>Tiuamo</i> – te quiero
	<i>Tiudevo</i> – estoy en deuda contigo
	<i>Zia</i> – tía

GLOSARIO CÓRVIDO

Adh [au] – cielo

Ab'khar [ukaur] – querida/o

Ag – y

Álo – hola

Bahdéach [badok] – hermoso/a

Behach [beiock] – pequeño/a

Beinnfrhal [benfrol] – fruto
de la montaña

Bidh [bai] – comida

Bilbh [bilb] – bobo/a

Bròg [braug] – zapatos

Chréach [kreyok] – cuervo

Cúoco [cuocko] – coco

Dádhi [dayi] – papá

Dalich [dale] – lo siento

Dréasich [drise] – vestido

Éan [in] – pájaro

Fás – aún no

Fibladh [filau] – fuera

Fin [fion] – vino

Fios – saber

Focá – joder

Gublaèr [gulair] – de acuerdo

Ha – yo

Ha'rouh béhya an ha théach'thu,

ha'raì béih [harof beya an
ha zock zu, haray beh] – Co-
nocerte me dio la vida, pues
hasta ahora solo me había li-
mitado a existir

Ionnh [yon] – señorita

Ínon – hija

Khrà [krau] – amor

Leath'cinn [leken] – mestizo/a

Mádhi [mayi] – mamá

Mars'adh [marsau] – por favor

Mo – mi

Mo bahdéach moannan [mo
badok meanan] – mi her-
mosa compañera

Moannan [monan] – compa-
ñera

Moath [mof] – norte

Mórrgabt [morrkot] – majestad

Murgadh [murgau] – mercado

Né – no

O ach thati – ah, te equivocas

Rí – rey

Ríkhda gos m'hádr og matáeich

lé – Como tenga que esperar
mucho más, lo mataré

Rahnach [raunok] – reino

Rib bi'adh [ribyau] – Rey de
los Cielos

Sí – ella

Sé'bhédha [sheveja] – de nada

Siér [siur] – hermana

Siorkahd [shurkau] – círculo

Tà [tau] – sí

Tach [tock] – el/la

Tach ahd a'feithahm thu, mo

Chréach [tock ad a faizam
zu, mo kreyok] – El cielo os
aguarda, cuervos míos

Tàin [taugn] – cerdo

Thábhain [jauben] – taberna

Tapath [tapof] – gracias

Thu [tu] – tú

Thu leámsa [tu leaumsa] – eres
mía

Tuiladh [tuilau] – más

Uhlbheist [ulbijeist] – monstruo

CRONOLOGÍA

MAGNABELLUM

La Gran Guerra. Tuvo lugar hace quinientos veintidós años entre el reino patriarcal de Luce y el reino matriarcal de Shabbe. Costa Regio gana la guerra y se convierte en el primer rey feérico de Luce.

PRIMANIVI

Batalla que se libró hace veintidós años entre un clan lucino de las montañas y los fae. En ella muere el hijo de Costa, Andrea, que ostentaba el trono de Luce desde hacía un siglo. Su heredero, Marco Regio, ocupa su lugar, gana la batalla y se convierte en rey.

CAPÍTULO 1

—La captora ha acabado cautiva. La cazadora, cazada. La...
—¿No crees que te estás poniendo un pelín melodramática, Picolina? —Phoebus se deja caer junto a mí en la celda del Reino de los Cielos—. Dioses míos, vaya colchón.

—Es demasiado blando.

—Nada es nunca demasiado blando. Salvo que estemos hablando de penes.

—Y no es el caso. Estamos hablando de la arpía con rostro de hombre que me ha encerrado en este nido de piedra.

Phoebus esboza una sonrisa.

—«Arpía con rostro de hombre.» Qué mona.

—Mi intención era que sonase insultante.

Fulmino el techo de la estancia con la misma mirada incendiada de furia que hace tres días. Me sorprende no haber reducido las vigas de madera a serrín o haber pulverizado la piedra que hay más arriba.

La sonrisa de mi amigo se vuelve más amplia.

—Aunque me encantaría hablar sobre tu atractivo carcelero, tengo una misión entre manos.

—La gente horrible no es atractiva. Y, si esa misioncita tuya consiste en engatusarme para que salga, mi respuesta es un rotundo no.

Phoebus se estira y el movimiento resulta cómico por lo largas que son sus extremidades. Luego bosteza.

—Siempre le llevan la comida a sus aposentos, así que no esperes cruzarte con él en alguna de las tabernas de la zona.

Qué sorpresa. Lorcan Ribyau no come con su gente. Los reyes nunca lo hacen. Todavía no me creo que lo devolviese a la vida.

Aunque yo misma me he buscado acabar en semejante lío, nunca le perdonaré a Bronwen que me engañara con su estúpida profecía. Y sí, sé que debería haber dudado de ella. Sé que no debería haberme lanzado al vacío y aceptado la misión que me encomendó igual que me lancé al canal la noche en que Ptolemy Timeus amenazó a mi serpiente, Minimus.

De ahora en adelante, no volveré a lanzarme a hacer nada sin habérmelo pensado dos veces antes.

—Diles a Syb y a Gia que vengan con una barrica de vino. Ah, y diles que se traigan a Antoni, Mattia y Riccio.

—Me temo que no va a poder ser, cariño. Yo soy el único hombre que tiene permitido entrar en tu dormitorio.

Aparto la mirada del techo para fulminarlo a él.

—¿Por orden de quién?

—Del gran cuervo feroz.

—Me cago en la serpiente que lo parió —musito.

—Siempre me lo he preguntado... ¿Las serpientes tienen vagina o ponen los huevos por la punta de la cola? ¿Tendrán una vagina dentro de la cola?

A Phoebus le brillan los ojos. Aunque no me cabe duda de que esas preguntas tan tontas se le han pasado por la cabeza más de una vez en sus veintidós años de vida, en este momento me da la sensación de que recurre a ellas para relajar el ambiente.

El problema es que no le va a servir de nada.

—En realidad, no es verdad. Hay otro hombre con permiso para visitarte.

Imagino que está hablando de mi progenitor córvido: Kahol Bannock. Y, en efecto, esas son las cuatro sílabas que abandonan los labios de Phoebus.

También me he estado negando a ver a mi padre. No estoy preparada para enfrentarme al gigante de nariz torcida, mandíbula cuadrada y boca estoica.

Todavía no soy capaz de asimilar que estuviese implicado en el momento de mi concepción. Y no con la mujer a la que he considerado mi *mamma* durante toda mi vida, sino con una bruja shabbí.

¡Una bruja shabbí!

Aunque aún tengo que pedirle explicaciones a Lore sobre mi pasado, supongo que fue Bronwen quien se encargó de ponerme en el lugar de bebé de *mamma* —o sea, de Agrippina—, y que ese fue el motivo por el que la mente de la dulce fae, a la que adoro con todo mi ser, se desmoronó.

A no ser que Bronwen acabara con su cordura a propósito, para mantener en secreto mi verdadera naturaleza como hija de padre cuervo y madre shabbí.

Es la primera vez que se me ocurre esta teoría. Es horrible, pero tiene tantísimo sentido que me dan ganas de poner la montaña patas arriba para encontrar a Lore y a la vidente desfigurada.

Me incorporo y aprieto los puños con tanta fuerza que se me ponen los nudillos blancos.

—Está bien. Vayamos a la taberna.

Phoebus me mira sorprendido.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

Rueda hasta quedarse sentado y se frota las manos.

—Ahora Syb me debe una bien gorda.

—¿Por qué?

—Se apostó un favor a que permanecerías escondida del mundo para siempre.

—No me estoy escondiendo del mundo.

—Es verdad, estás enfadada con el mundo.

—Mentira.

Phoebus esboza una sonrisa pícara.

—¿Voy a tener que recordarte que no es plato de buen gusto ver mal a sus amigos?

Se baja de la cama para acercarse con pesadez a mi lado y ofrecerme la mano.

—Espero que sepas que tu arpía con rostro de hombre no es el mal personificado.

—¡Ni se te ocurra ponerte de su lado! Me encerró. Me mintió. Me usó.

La verdad es que yo usé al Rey Cuervo primero, pero prefiero ahorrarme ese detalle. Todavía no les he contado a mis amigos lo de esa profecía que me creí a pies juntillas.

Mientras no salga el tema, ¿por qué habría de mencionarlo?

Pensar en el príncipe feérico al que he ayudado a convertirse en rey hace que me hierva la sangre. Por mucho que ahora odie al Rey de los Cielos más que al Rey de la Tierra, tampoco le guardo ningún cariño a Dante Regio, puesto que me abandonó pese a todo lo que hice por él.

No se merece ni un ápice de mi respeto. Además, el afecto que le profesaba se esfumó el día en que me llamó traidora y me miró como si fuese un demonio sediento de sangre feérica.

Aparto la mano de Phoebus de un manotazo más violento de lo necesario.

—Odio a los hombres. —Cuando ahoga un grito con teatralidad, añado—: Tú no cuentas.

Finge secarse la frente con la manga de su camisa verde manzana.

—Ya me habías asustado.

—Mientras no me encierres en un palacio de piedra o me dejes tirada, te amaré por siempre.

—Ya sabes que te llevaría conmigo si pudiera —dice tragando saliva.

Aparto la mano de la suya.

—Por favor, Pheeb. Te lo suplico, no me dejes aquí. Por favor. —Se me rompe la voz, aunque mis ojos permanecen secos.

—Está bien —suspira antes de envolverme en un abrazo—. No te dejaré. Me quedaré aquí contigo hasta que decidas salir.

—Eso no es...

—... lo que me estabas pidiendo. Lo sé, pero es todo cuanto puedo prometerte si quiero que mis extremidades permanezcan intactas. Y nada me gustaría más.

—Se acabarían regenerando.

—No si me las arrancan con un pico o unas garras de hierro. Me aparto de él y arqueo la espalda para mirarlo a la cara.

—¿Es que acaso Lorcan o alguno de los otros cuervos te ha amenazado?

—No directamente. —Aprieto los dientes y él continúa hablando—: Mira, creo que te harías un flaco favor marchándote. He oído que en la capital hay un buen revuelo. A la mayoría de los fae no les ha hecho ninguna gracia que Marco haya muerto y que los cuervos hayan regresado.

Desvío la mirada hacia las ventanas que dan al mar y a la lejana isla de Shabbe. No me cabe duda de que las vistas a la franja de tierra rosada forman parte del castigo de Lorcan, al igual que encerrarme en una habitación contigua a la suya.

Por suerte, los dormitorios no están comunicados y la piedra amortigua los sonidos, pero juro que puedo sentirlo al otro lado del muro que nos separa. Me he despertado en mitad de la noche en varias ocasiones con la innegable sensación de estar a punto de encontrarme sus ojos amarillos refulgiendo en un rincón oscuro de la estancia. En cualquier caso, si efectivamente me ha hecho alguna visita indeseada, todavía no lo he pillado en el acto. Tampoco lo he oído hablarme a través de ese estúpido vínculo mental que nos une.

Aunque me gustaría creer que he conseguido encontrar la manera de blindar mi mente para que el cuervo no lea todos y cada uno de mis pensamientos, no soy ninguna ilusa. Dudo que esté en mi mano evitar que el poderosísimo metamorfo con la capacidad de desatar tormentas y enviar visiones entre en mi cabeza.

O Lorcan se ha cansado de aguantar mis desagradables pensamientos o está demasiado ocupado con sus súbditos de ojos negros como el carbón y cuerpo recubierto de plumas. Al fin y al cabo, ahora que su pueblo ha resucitado, tiene muchas más mentes en las que adentrarse sin permiso.

Phoebus me tira de la cabeza hacia atrás con saña.

—¿Qué narices haces?

—Peinarte para que ningún cuervo confunda esta maraña de pelo con un nido. Estate quieta.

Me da otro tirón.

—¿Y qué estás usando? ¿Un rastrillo de jardinería?

—No, aunque debería pedirle a Lorcan que me consiga uno. Tienes una cantidad absurda de pelo para lo corto que lo llevas.

Al retorcer el cuello para mirarlo, sacrifico un buen puñado de folículos gracias al instrumento de tortura que Phoebus está manejando.

—Ni se te ocurra pedirle nada. No quedas en deuda con él.

Phoebus es listo, así que no se molesta en apaciguarme. Una vez que termina de torturarme el cuero cabelludo, se acerca a la cavidad transformada en vestidor que comunica con mi habitación.

—Bueno, y ¿qué te vas a poner?

—No pienso cambiarme.

—Llevas tres días seguidos con la ropa de Gia puesta, Picolina. Tenemos que...

—No me voy a poner nada de lo que hay ahí dentro. A saber de quién es toda esa ropa.

—Es tuya. Lorcan la encargó para... —Phoebus se interrumpe; doy por hecho que ha sido por mi mirada asesina—. Esa «arropa con rostro de hombre» pidió que confeccionaran esas prendas exclusivamente para ti.

Levanto el mentón.

—Otra razón más para no utilizarlas.

—Bueno —suspira—, al menos haz el favor de no escatimar en perfume cuando te asees, porque hueles como el interior de

una concha marina. —Al fulminarlo de nuevo con la mirada, añade—: Te lo digo porque estoy seguro de que es un aroma que a los cuervos les encanta. He oído que les chiflan los moluscos.

Lo miro a la espera de que se le curven las comisuras de los labios en gesto divertido. Como Phoebus mantiene una alarmante actitud solemne, me dirijo hacia el cuarto de baño privado que me he negado a admirar. No pienso dejarme impresionar por nada de lo que el Reino de los Cielos tenga que ofrecerme.

Rebusco entre los muchos frascos de cristal llenos de aceites perfumados que hay dentro de una vasija de barro, y dejo a un lado las pastillas de jabón salpicadas de hierbas y flores secas. Estas últimas me recuerdan a las que mi *nonna* preparaba para vender en el mercado.

Al destapar uno de los frascos, se me encoge el corazón al pensar en la mujer que me crio como si fuera su propia hija, pese a no estar emparentadas. Detesto la forma en que me marché; lo único que quiero es volver a su lado y lanzarme a sus brazos. En ese caso, ¿me devolvería el abrazo o lo rechazaría?

Me unto un poco de aceite en las muñecas y el cuello, y me olisqueo discretamente la camisa para ver si es verdad que apesto como una concha encallada en la playa. No huelo mal.

Capullo.

Seguro que ha querido engañarme para que me cambie de ropa. El problema es que vestir las prendas que Lorcan me ha regalado sería como ondear una bandera blanca, y solo estoy dispuesta a firmar la paz con el hombre pájaro cuando él me devuelva mi libertad.

Cierro el frasco con su tapón de corcho y regreso al dormitorio, donde Phoebus está examinando un fresco cuya belleza me niego a apreciar.

—Estoy lista.

—Para... ¿la batalla?

Sonríó por primera vez en días.

—No, para beberme mi peso en vino. ¿Qué te hace pensar que estoy lista para matar a alguien?

—Es que te brillan los ojos. —Dejo escapar un resoplido divertido y entrelazo el brazo con el de Phoebus cuando este me lo ofrece—. Prometo no hacerle daño a nadie que no se lo merezca.

—Empiezo a pensar que salir de aquí no es tan buena idea.

Mi sonrisa florece igual que las enredaderas que brotan de las manos de Phoebus, y sus raíces se extienden por mi caja torácica hasta envolverme el corazón por completo. Justo cuando empezaban a insuflarle vida al órgano moribundo, un cuervo desciende en picado por la misma trampilla que Lorcan cruzó conmigo hace días.

Me quedo inmóvil con la esperanza de que el metamorfo sea un desconocido. La suerte debería estar de mi parte, dado que conozco a un total de dos cuervos... Bueno, solo uno en realidad. Me aferro con más fuerza al brazo de Phoebus cuando las plumas negras se funden en una nube de humo que a su vez se solidifica hasta convertirse en un hombre de ojos citrinos. Con la de cuervos que hay en el Reino de los Cielos, ¿por qué tiene que ser él precisamente al primero que vea?

Lorcan me estudia de arriba abajo con disimulo.

—¿Te sientes más descansada, Behach Éan?

Clavo la mirada en una de las antorchas del muro de piedra, decidida a fingir que el monstruoso rey no se encuentra a apenas un par de pasos de mí.

—Ignórala. —Phoebus me da unas palmaditas en la mano—. Fallon siempre se pone de mal humor cuando tiene hambre.

Me giro a mirar a mi amigo con los ojos abiertos de par en par.

Mejor dicho: examigo.

Phoebus me inmoviliza el brazo que había entrelazado con el suyo para evitar que regrese a mi celda.

—Nos disponíamos a ponerle remedio.

Como se le ocurra invitarlo a comer con nosotros, voy a...

Otro cuervo aterriza junto a Lorcan y se desprende de su plumaje. Me da un vuelco el corazón y rezo a todos los Dioses feéricos —pese a que lo más probable es que no me hagan caso, dado que no soy una fae— para que no sea mi padre.

Por suerte, no es él.

La recién llegada es una mujer con una larga melena del mismo color negro con destellos zafiro que la de Lorcan y unos rasgos tan afilados como las garras de su *alter ego*. Cuando se incorpora, aunque sus hombros no llegan a tocarse, se queda bastante cerca de su rey.

Aunque soy consciente de que nadie me ha pedido mi opinión, me parece que está demasiado cerca para ser una simple súbdita.

La mujer no me sonrío ni me da las gracias por haber ayudado a devolver a su pueblo a la vida. Lo primero que pienso es que tal vez no haya recuperado la voz todavía. Pero entonces se vuelve hacia Lore y le dice algo en su lengua, así que me queda claro que tiene las cuerdas vocales en perfectas condiciones.

Él asiente sin apartar la mirada de la mía.

—Imogen, te presento a Fallon. Es la hija de Cathal.

La mujer me mira con los ojos entornados y yo hago lo propio, pese a que sé que es una reacción de lo más infantil. Al final, asiente con la cabeza, pero yo no le devuelvo el gesto.

Lore da un paso hacia el arco de entrada bajo el que Phoebus y yo nos hemos detenido.

—Espero que nuestra comida sea de tu agrado, Fallon.

Le sonrío asegurándome de mostrarle todos los dientes.

—Ya sabes lo mucho que me gusta la carroña.

Esboza una lenta sonrisa y, aunque mantiene la boca cerrada, los dientes se le marcan contra la curva de los labios.

—También tenemos una buena reserva de alpiste. Asegúrate de que le sirvan una ración generosa, Phoebus.

Mi amigo, quien en realidad ya no es mi amigo, le devuelve una sonrisa burlona.

—Imogen, acompáñame a mis aposentos. Tenemos trabajo que hacer —ordena Lore.

A él lo ignoro cuando se aleja, pero aprovecho para observar a la mujer que lo sigue.

Camina tan pegada a él que, de estar en su forma córvida, la mujer tendría la cabeza metida en la cola de Lore, enterrada en algún punto de esa concavidad que antaño confundí con un detonador. Reprimo esa imagen y tiro de Phoebus hacia delante.

—Venga, vamos a dejarlos «trabajar».

—Alguien parece estar...

Le propino un codazo en las costillas y lo dejo tanto sin palabras como sin aliento. Pese a que he oído el sonido de la puerta al cerrarse, sé que los metamorfos cuentan con un oído excepcional.

Además, no estoy celosa.

Para eso tendría que sentir algo por Lore y ese pajarraco no me importa lo más mínimo.

MI INTENCIÓN ERA ROBARLE EL CORAZÓN A UN PRÍNCIPE... Y ACABÉ ROBÁNDOSELO A UN REY

Mi sueño de ascender al trono lucino me llevó a revivir a un antiguo monarca alado, el mismo al que consideré mi amigo hasta que me engañó y me encerró.

Lorcan asegura que permanezco cautiva por mi propia seguridad, pero también que le pertenezco. Está claro que haber pasado cinco siglos dormido ha hecho que el rey cuervo pierda la cabeza.

Puede que compartamos un desafortunado vínculo mental, pero cada uno somos dueños de nuestro propio destino y mi intención es alejar el mío lo máximo posible del Reino de los Cielos y sus profecías..., así como de Lorcan.

Pero no he tardado en descubrir que no hay forma de escapar del posesivo monarca y, siendo sincera, ya no estoy tan segura de querer hacerlo.

DÉJATE LLEVAR POR LA SEGUNDA PARTE
DE ESTA SAGA DE FANTASÍA CARGADA DE
TRAICIONES DESGARRADORAS, CRIATURAS
SOBRENATURALES Y ROMANCES ARDIENTES

FAERIS

ISBN: 978-84-19988-48-5



9

788419

988485

Cód.: 5310010